

# Galicia y los gallegos en la literatura española del Siglo de Oro

Miguel Ángel Teijeiro Fuentes. Universidad de Extremadura

## 1. Galicia: entre el cielo y el suelo

“Galicia: Provincia de España, *Gallecia*, y otros la llaman *Callecia et populi Callaici...*”<sup>1</sup> Con estas palabras, Sebastián de Covarrubias se refiere a la región gallega en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, publicado en 1611. Se trata de una obra de imprescindible consulta, si bien ajena a preocupaciones estilísticas o ribetes literarios, que denota lo escasamente original de la definición, propia de la erudita sobriedad de los diccionarios.

Bien distinta es, sin embargo, la contradictoria imagen que los españoles del Siglo de Oro tienen de Galicia y de los gallegos, visión que se manifiesta sin tapujos en los textos literarios y que se explica desde perspectivas diametralmente opuestas. De este modo, la estampa tradicional gallega vacila entre la alabanza exagerada –paraíso inigualable de flores, bosques, ríos y montañas– y el insulto ignominioso –muladar que declara las más fétidas suciedades–. Todo depende, como siempre, del ojo crítico del viajero, de su personalidad y talante, del conocimiento de la tierra que pisa y de la conmoción que ésta provoca en su espíritu.

Difícil resulta explicar, por citar un caso relevante, las razones que movieron a Góngora a censurar con inusitada vehemencia la Galicia rural; a tenor del siguiente ejemplo, parece obvio que su desorbitada inquina refleja un estado de ánimo que no precisa de ningún tipo de consideración. Se trata de unas décimas cuyos primeros versos aluden no sólo a la suciedad de la tierra y sus ríos, sino también a la de sus moradores:

<sup>1</sup> S. de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Turner, Madrid, 1979, p. 622b.

¡Oh montañas de Galicia  
cuya (por decir verdad)  
espesura es suciedad,  
cuya maleza es malicia!,  
tal, que ninguno cudicia  
besar estrellas, pudiendo,  
antes os quedáis haciendo  
desiguales horizontes;  
al fin, gallegos y montes,  
nadie dirá que os ofendo<sup>2</sup>.

La antipatía de Góngora hacia el universo gallego carece en principio de justificación, y quizás tan sólo se pueda interpretar como una inconsciente oposición de contrarios entre el mundo sombrío, húmedo y cerrado del norte y el luminoso, seco y abierto horizonte andaluz que él estaba acostumbrado a respirar. Inevitablemente, viene a la memoria el corrosivo soneto que vuelve a destacar los rasgos más rechazables de esta región, y todo ello bajo el significativo, por irónico, título de “A Galicia”:

204

Pálido sol en cielo encapotado  
mozas rollizas de anchos culiseos  
tetras de vacas, piernas de correos,  
suelo menos barrido que regado;  
campo todo de tojos matizado,  
berzas gigantes, nabos filisteos,  
gallegos del Cairo, búcaros pigmeos,  
traje tosco y estilo mal limado;  
cuestas que llegan a la ardiente esfera,  
pan de Guinea, techos sahumados,  
candelas de resina con tericia;  
papas de mijo en concas de madera,  
cuevas profundas, ásperos collados,  
es lo que llaman reino de Galicia<sup>3</sup>.

Del innegable encono que provocan en Góngora las tierras y las gentes de Galicia –no todas, si tenemos en cuenta el soneto que dedicó al conde de Lemos cuando fue a visitarle a su castillo de Monforte–, se hace eco también el protagonista de uno de los chistes recogidos por Lucas Hidalgo en sus *Diálogos de apa-*

<sup>2</sup> L. de Góngora, *Obras completas*, ed. de J. e I. Millé Giménez, Aguilar, Madrid, 1966, p. 339.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 540-41.

*cible entretenimiento*. Impreso en Barcelona en el año 1606, el diálogo segundo, “Del lunes de antruejo en la noche”, narra el desparpajo de un gallego ante el malicioso comentario de su amigo andaluz:

Había un oficial andaluz que tenía mala costumbre de jurar, y para corregirse deste vicio estaba concertado con otro compañero suyo, gallego, que siempre que jurase le advirtiese que besase la tierra.

Un día los dos estaban altercando sobre cuál era mejor tierra, la de Andalucía o Galicia; y como se acordase el andaluz que Galicia estaba tan llena de establos y suciedad, dijo muy enojado al gallego: “¿Qué diablos alabáis la tierra de Galicia, que juro a Dios toda ella es tierra de mierda?” Respondió el gallego: “Mirad, Pedro, que juraste besar la tierra”<sup>4</sup>.

De nuevo la alusión a los establos y a la suciedad de las embarradas tierras gallegas a causa de las constantes lluvias, sirven para sugerir los aspectos más relevantes de esta región.

Sin embargo, no siempre los textos literarios ofrecen un juicio tan desconsolador a la hora de referirse a Galicia; en otras ocasiones, la recreación del paisaje y sus moradores es percibida con mayor entusiasmo. Como el siguiente pasaje de Lope de Vega puesto en boca del personaje llamado Sancho:

205

San.— Nobles campos de Galicia,  
que a sombras destas montañas,  
que el Sil entre verdes cañas  
llevar la falda codicia,  
dáis sustento a la milicia  
de flores de mil colores;  
aves que cantáis amores,  
fieras que andáis sin gobierno,  
¿habéis visto amor más tierno  
en aves, fieras y flores?<sup>5</sup>

Se trata de los primeros versos de su famosa comedia *El mejor alcalde, el rey*, en los que Sancho compara la bondad de las tierras gallegas con la belleza de su amada, la villana Elvira.

<sup>4</sup> G. Lucas Hidalgo, *Diálogos de apacible entretenimiento, Curiosidades bibliográficas*, Atlas, BAE, Madrid, 1950, t. 36, p. 1099b.

<sup>5</sup> Lope de Vega, *El mejor alcalde, el rey*, ed. de J. Marín, Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1990, p. 51.

Conocido es también el afecto que Tirso de Molina profesa hacia esta tierra, sus gentes y su lengua, hasta el punto que algunas de sus obras más importantes se encuentran localizadas con todo lujo de detalles en esta geografía. La escenografía gallega de las piezas de Tirso recrea el ambiente idílico del observador incansable, atraído por la naturaleza que le rodea<sup>6</sup>.

En su *Mari-Hernández la gallega*, como en tantas otras de sus obras, muestra Tirso su preocupación por describirnos los problemas cotidianos de sus gentes y las excelencias de sus tierras, que harían exclamar al labrador Carrasco:

Car.- “Al paraíso de Galicia”.  
Serranos, al valle<sup>7</sup>.

En esta misma obra, don Álvaro de Ataide, tras remontar la frontera portuguesa y entrar en tierras gallegas huyendo de las discordias y engaños de la corte vecina, nos brinda una apasionada defensa de ese otro mundo menos ambicioso y más sincero:

D.Al.- Caldeira, esta es Galicia;  
No vive en estas sierras la malicia  
de envidia y traiciones,  
de lisonjas, engaños y ambiciones<sup>8</sup>.

206

La idílica naturaleza gallega también aparecerá retratada en *La romera de Santiago*, donde Tirso se recrea en los frondosos parajes bañados por los ríos – el Miño y el Sil–, que convierten su paisaje en un precioso manto de joyas y colores, semejantes a los felices Elíseos de la mitología clásica:

Lis.- El campo  
nos brindó.  
Rel.- ¿Qué te parecen  
los de Galicia?  
Lis.- Retratos

<sup>6</sup> “Pero las tierras que canta con tan encendido entusiasmo –dice J. Taboada–, los valles amenos y floridos de la Limia, Monterrey y Laza, paraísos de Galicia, la áspera sierra de Larouco, lomo empinado que pasa de los 1.500 metros, no hay duda que los tuvo ante su retina, e impresionaron su sensibilidad artística, inmortalizándola, en premio, por la magia de sus versos”. “Del jardín de Tirso. Glosas y aspectos de *La gallega Mari-Hernández*”, *Revista da Guimaraes*, LVIII (3-4, 1948), cito por B. de los Ríos en su prólogo a *Mari-Hernández la gallega, Tirso de Molina. Obras dramáticas completas*, Aguilar, Madrid, 1962, vol. II, p. 62.

<sup>7</sup> Tirso de Molina, *Mari-Hernández la gallega*, p. 71.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 73.

de los jardines Hibleos.  
 Lau.- Los Elíseos los llamaron  
 muchos antiguos.  
 Lis.- Tuvieron  
 razón, que pienso que el Mayo  
 de estos campos, de estas cumbres,  
 es eterno ciudadano,  
 y que pueden á cristales  
 hechos en peñas pedazos,  
 apostar el Sil y el Miño  
 con Guadalquivir y el Tajo,  
 cuyas fértiles riberas,  
 para hacer por Abril palio  
 al sol, parece que están  
 flores á estrellas copiando.  
 Plata y verde es la librea  
 que dan los montes bizarros,  
 siendo por faldas y cumbres  
 los arroyos pasamanos,  
 bendiciendo con las lenguas  
 que primero murmuraron,  
 al zafiro de los cielos  
 la esmeralda de los prados,  
 que á no gozarlos tan triste  
 de ausente y enamorado  
 fuera pasar por el cielo<sup>9</sup>.

207

## 2. Las fronteras gallegas: convivencia y aislamiento

### 2.1. Una historia de amor y odio: gallegos y portugueses

Mientras el orden cosmogónico de la época, al que parece acudir Lope de Vega en su comedia *El Abanillo*, dispone la geografía peninsular en tres grandes regiones e incluye a Galicia, junto a otras tierras, como perteneciente a la región Tarraconense:

Rob.- En tres partes la dividen.  
 Cel .- ¡Bravo cosmógrafo andas!

<sup>9</sup> Tirso de Molina, *La romera de Santiago, Obras dramáticas completas*, ed. de Blanca de Los Ríos, Aguilar, Madrid, 1962, vol. II, p. 1247.

Rob.- En Tarraconense, Bética,  
y la fuerte Lusitania.  
Está la Bética fértil  
de Guadiana a la entrada;  
la Lusitania se extiende  
entre Duero y Guadiana:  
la Tarraconense ocupa  
Murcia, Valencia, Navarra,  
Cataluña y Aragón,  
las dos Castillas, Vizcaya,  
las Asturias y Galicia<sup>10</sup>,

la cercanía con la frontera portuguesa, a la que aludíamos más arriba, y los lazos de vecindad que históricamente han unido a ambos pueblos, sirven también para explicar algunos rasgos de su tradición y su folklore. De hecho, cuando la *galegada* baja a tierras castellanas para trabajar en las labores de la siega o bien deambular por la corte en busca de algún oficio, eran confundidos con sus hermanos del país vecino. A ello parece referirse Tirso de Molina en *La villana de la Sagra* cuando pondera la dificultad con que los castellanos distinguen a ambas naciones:

208

Ang.- ¿De dónde sois?  
D.Lu.- Soy gallego.  
Car.- Y yo, hablando con perdón.  
Ang.- Por cierto, buena nación.  
D.Lu.- Jamás yo mi patria niego.  
Galicia es mi natural.  
Ang.- Pues no es poca maravilla  
que el gallego allá en Castilla  
dice que es de Portugal<sup>11</sup>.

El pasaje vuelve a insistir en la mala imagen de la que gozaban los gallegos, hasta el extremo de renegar de sus orígenes y ocultar su verdadera identidad, si bien tampoco los portugueses eran precisamente santos de devoción para los altivos castellanos.

En buena medida, esta maliciosa tergiversación proviene de la semejanza de sus lenguas, rasgo común que se transforma en un vínculo de convivencia indis-

<sup>10</sup> Lope de Vega, *El Abanillo*, *Obras de Lope de Vega*, RAE, Tip. de la Revist. de Arch., Bibl. y Museos, Madrid, 1917, t. III, p. 4b.

<sup>11</sup> Tirso de Molina, *La villana de la Sagra*, *Obras dramáticas completas*, t. II, p. 140.

pensable para ambos pueblos. En *Mari-Hernández la gallega*, nos relata Tirso los amores entre la moza gallega que da título a la obra y el noble portugués don Álvaro de Ataíde. Éste, perseguido por los nobles lusitanos, abandona sus tierras para esconderse en Galicia bajo hábitos de campesino; la familiaridad con el lenguaje es, a juicio de su criado Caldeira, un rasgo decisivo para confundirse con los otros habitantes de la comarca:

Cal.— Si a traellos  
te aplicas, con su traje  
no dice mal el portugués lenguaje,  
pues se distingue poco  
de la lengua gallega<sup>12</sup>,

incluso, podemos encontrarnos en esta pieza una canción de rancio sabor popular escrita en lengua gallega, la que entona Dominga con motivo del cumpleaños de su amiga. Pero lo trascendental del caso, y el dato que debemos destacar, es que esa estrecha relación amorosa va a culminar con el matrimonio de la pareja, estableciéndose de este modo sólidos lazos de parentesco a uno y otro lado de la frontera.

Para el resto de la Península, la dificultad e inutilidad práctica de la lengua gallega seguramente supuso un escollo insalvable y, en ocasiones, un rasgo diferenciador que vendría a despertar incomprendiones y servilismos más que confianza y solidaridad. Así, Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes* llama la atención sobre el hecho de que cuando hay bulla y griterío, es decir, cuando hablan todos de manera que resulta difícil entender de lo que se está tratando, solía acudir a la expresión “O somos gallegos, o no nos entendemos”<sup>13</sup>.

A su vez, Lope de Vega arremete irónicamente contra aquellos poetas *cultos* que alardean de sus conocimientos de las lenguas clásicas sin conocerlas. El soneto, “Que en este tiempo muchos saben griego sin haberlo estudiado”, advierte sobre la escasa utilidad de la lengua gallega:

Das en decir, Francisco, y yo lo niego,  
Que nadie sabe griego en toda España,  
Pues cuantos Helicon Poetas baña  
Todos escriben en España Griego:  
Para entender al venusino ciego  
Querrás decir, por imposible hazaña,

<sup>12</sup> Tirso de Molina, *Mari-Hernández la gallega*, p. 74.

<sup>13</sup> G. Correas, *Vocabulario de refranes*, Tip. de la Revist. de Archiv., Bibl. y Museos, Madrid, 1924, p. 374.

Si a las lenguas la ciencia no acompaña,  
Lo mismo es saber griego que gallego<sup>14</sup>.

Pero, además, la cercanía con Portugal provocó también disturbios en ocasiones violentos, así como resentimientos y desconfianzas. Las incursiones de unos y otros en territorios ajenos, saqueando bienes y devastando tierras, pertenecen a un lamentable capítulo de nuestra historia que también la literatura acabará reflejando (véase el caso de *Mari-Hernández la gallega* de Tirso).

Una obra como la de Jerónimo de Barrionuevo, *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo*, curiosa joya literaria que recoge anécdotas y datos de gran interés sociológico, reaviva en diferentes cartas escritas entre los años 1655 y 1657, la polémica situación fronteriza que mantenía en vilo a los lugareños de ambas partes. Veamos algunos testimonios entresacados del citado volumen en los que advertiremos la desatada violencia con la que ambos bandos actuaban impunemente.

Fecha en Madrid, en julio de 1655, la carta LXXVIII señala:

El Portugués se dice quiere vengar de los gallegos la rota de Salvatierra, y que ha juntado 3.000 infantes y 1.000 caballos para ir contra ellos. Los cuales no están descuidados, porque toda la sierra está levantada, procurando defender sus casas, vidas y haciendas<sup>15</sup>.

Páginas más adelante, en otra epístola fechada en Madrid en 1657, todavía se sigue insistiendo dos años después en la difícil convivencia que mantenían estas comunidades. La airada reacción de los unos era respondida inmediatamente, y con mayor fuerza si cabe, por los otros:

Dícese entraron los gallegos sin orden del Virrey de Portugal, y que quemaron y robaron 17 lugares, y que fueron más de 30.000 ducados lo que en ganados y otros haberes se trujeron<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> Lope de Vega, *Rimas del licenciado Tomé de Burguillos*, *Obras poéticas*, ed. de J.M. Blecua, Planeta, Barcelona, 1969, p. 1378.

<sup>15</sup> J. de Barrionuevo, *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo*, est. Paz y Melia, Atlas, BAE, Madrid, 1968, t. 221, p. 166a.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 69b.



Hasta tal punto era motivo de discordia esta cuestión entre los diferentes estamentos sociales de la época –rey, nobleza, clero y pueblo– que el mismo Barriónuevo recoge la enojada actitud con la que el pueblo llano sufría estos sucesos:

Un gallego de poca estofa, en audiencia pública, voz en cuello y con denuedo habló a Su Majestad y le dijo que las fronteras de aquel reino estaban desprevenidas, y que el enemigo con pocas fuerzas se entraba por los lugares abiertos y les robaba y quemaba sin resistencia: que el general Pantoja no quería pelear, que el arzobispo de Santiago entendía de ceremonias eclesiásticas, pero no de guerra, y que Su Majestad pusiese breve remedio si no quería verlo perdido todo. Oyóle Su Majestad clavados los ojos en el hombre, y le dijo: “Andad, que yo lo remediaré”<sup>17</sup>.

En consecuencia, la franja fronteriza que separa Galicia de Portugal fue escenario de sucesivas escaramuzas y violentos altercados, del mismo modo que supuso un lugar de encuentro y convivencia entre dos pueblos vecinos.

Por otra parte, tampoco parece que las otras fronteras peninsulares gozasen de mayor entusiasmo a tenor del comentario que nos ofrece Estebanillo González cuando, al referirse a Galicia, la define despectivamente como “rabo de Castilla, servidumbre de Asturias y albañar de Portugal”<sup>18</sup>.

211

## 2.2. Galicia, el fin del mundo conocido

Aún queda por comentar un cuarto y último límite geográfico, frontera mítica que despertó una innegable curiosidad en el hombre del Siglo de Oro, en un primer momento ajeno a la trascendencia de los descubrimientos del Nuevo Mundo. Me refiero al hecho de que durante siglos las aguas del océano representasen también los límites últimos del mundo conocido, y que más allá de sus aguas se escondieran infiernos insondables y monstruos marinos indescritibles que negaban cualquier posibilidad de adentrarse en ellos. Galicia se convierte así en el *fin de la tierra*, y de este modo aparece descrita en los textos literarios de la época.

Lope de Vega se refiere insistentemente en sus comedias a este hecho, a caballo entre la leyenda más fantástica y la realidad cotidiana del momento. En *La llave de la honra*, Marín se ve obligado a abandonar Italia por un asunto de honor y trasladarse a España, provocando la sorpresa de su amigo Lisardo:

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 293b.

<sup>18</sup> *La vida y hechos de Estebanillo González*, ed. de A. Carreira y J. A. Cid, Cátedra, Madrid, 1990, p. 32.

Mar.- Vóyme a España.  
 Lis.- ¿Cómo a España?  
 Mar.- ¿Qué hay España no has oído  
 y que confina con Francia?  
 ¿Que hay Cataluña no sabes,  
 Valencia, Aragón, Navarra,  
 dos Castillas, Portugal,  
 Andalucía, Vizcaya,  
 Galicia, fin de la tierra,  
 y unas ásperas montañas?<sup>19</sup>

En otra comedia de tema bien distinto como *El casamiento en la muerte*, alude el Fénix nuevamente a esta circunstancia. Cuando Carlomagno pregunta a Durandarte cuál será el mejor lugar para conquistar España del poder de los moros, éste le va detallando aquellos sitios más estratégicos de la costa por donde comenzar las incursiones. Inevitablemente se refiere a las costas gallegas, de las que dice:

Dur.- Y por la gran Lusitania  
 desde la tierra de Cuenca  
 Tajo al mar tributo paga.  
 Sigue el Duero caudaloso  
 hasta el Miño, donde lava  
 los peñascos de Galicia,  
 y pasa al Patrón de España.  
 La torre de Hércules luego  
 muestra las insignes playas  
 donde está el fin de la tierra...<sup>20</sup>

212

Un tercer y último ejemplo lo encontramos en *Más valéis, vos, Antona, que la corte toda*. En la primera jornada, la duquesa de Bretaña, Isabela, llega a las costas españolas en hábito de peregrino después de sufrir un naufragio. Todavía confusa y creyendo estar en Galicia, se encuentra con Toribio quien le aclara que aquellas tierras pertenecen a Asturias, muy cerca de las gallegas que parecen verse a lo lejos:

<sup>19</sup> Lope de Vega, *La llave de la honra, Obras de Lope de Vega*, RAE, Tip. de la Revist. de Arch., Bibl. y Museos, Madrid, 1930, t. XII, p. 464a.

<sup>20</sup> Lope de Vega, *El casamiento en la muerte, Obras de Lope de Vega*, est. Menéndez Pelayo, Atlas, BAE, Madrid, 1966, t. 196, p. 64b.

Tor.— Por allí caen Ferrol,  
Pontevedra y Ribadeo,  
la Coruña y Compostela,  
donde yace el Santo cuerpo  
del Gran Capitán de España.  
Al poniente de este reino  
cae el promontorio Artrabo,  
a quien llaman los gallegos  
hoy Turibán, los demás  
fin de la tierra, su extremo  
combate el mar Oceano<sup>21</sup>.

La leyenda según la cual las costas gallegas abrían un abismo al que era imposible hacer frente porque constituía el final del mundo, está reiteradamente recogida en los textos dramáticos de nuestro ingenioso dramaturgo, así como en otras obras de la época.

Por ejemplo, en *La villana de la Sagra* de Tirso, la acción se inicia en Santiago de Compostela, desde donde nuestro protagonista, don Luis, ha decidido partir con dirección a Toledo para visitar a un tío suyo canónigo. Antes de marchar, se despide de su tierra con los siguientes versos:

D.Lu.— Reino famoso, adiós, que alegre hago  
ausencia de tu célebre montaña,  
pues que siendo mi patria, como extraña  
diste a mi juventud siempre mal pago.  
Adiós, ciudad, sepulcro de Santiago,  
que das pastor y das nobleza a España;  
adiós, fin de la tierra, que el mar baña,  
reino famoso, del inglés estrago...<sup>22</sup>

Como podemos comprobar, el ilustre mercedario ha elegido, asimismo, en la hora de la despedida, aquellos rasgos distintivos que resumen las peculiaridades de esta tierra en la literatura áurea: su encrespada orografía, el sepulcro del Patrón de España y el límite que separa la civilización del mundo desconocido y peligroso.

<sup>21</sup> Lope de Vega, *Más valéis, vos, Antona, que la corte toda*, *Obras de Lope de Vega*, RAE, Tip. de Archivos Madrid, 1930, t. VII, p. 399a.

<sup>22</sup> Tirso de Molina, *La villana de la Sagra*, p. 125.

### 3. Francés, italiano, canadiense...: ¡gallego!

#### 3.1. La riqueza gallega

Galicia, como no podía ser menos, no aparece únicamente retratada como un lugar hostil y recóndito; no es tan sólo tierra albañar y clima lluvioso, ni, por supuesto, establo y lodazal donde habitan gentes groseras. Los textos literarios destacan por contra la variedad de los frutos que crecen en sus campos, la diversidad de ganado que pasta en sus tierras, los peces que pueblan sus caudalosos ríos o los vinos generosos que se obtienen de sus vides; productos de primera necesidad que vienen a satisfacer las necesidades de sus moradores, ajenos a las exquisiteces que se aderezan en la Corte.

Más cerca estamos de entender todo ello en unos versos de Tirso de Molina en *Mari-Hernández la gallega*. Aquí el dramaturgo nos detalla una tradicional estampa campesina que podría reflejar la vida cotidiana de esa Galicia rural. La labriega Dominga, nombre reservado a muchas mozas y mozos gallegos de la literatura de la época<sup>23</sup>, hace planes para el futuro y le resume a su enamorado su modelo de vida ideal, el *aurea mediocritas* de sus gentes:

Dom.- Compraremos vacoriños  
(que los gallegos son bravos),  
un prado en que sembrar nabos,  
diez cabras y dos rociños;  
cogeremos ya el centeno,  
ya la boroa, ya el millo,  
buen pan este, aunque amarillo;  
sano el otro aunque moreno;  
gallinas, que con su gallo  
mos saquen cada año pollos;  
manteca de vaca en rollos,  
seis castaños, un carvallo,  
una becerra y un buey<sup>24</sup>.

Como podrá confirmar el lector, estamos ante una sociedad rural que obviamente recurre a la agricultura y la ganadería para proveerse del mantenimiento

<sup>23</sup> Recordemos el *Estebanillo González*, pp. 33-34: "...no tuvo mi madre tan depravado el gusto que me había de abortar del derrotado bajel de su barriga en el aguanoso margen del Miño, entre piélagos de nabos y promontorios de castaños, y en esportillas de Domingos, Brases y Pascuales..."

<sup>24</sup> Tirso de Molina, *Mari-Hernández la gallega*, p. 80.

necesario para su subsistencia. Nabos<sup>25</sup> y gallinas, vacoriños y castaños<sup>26</sup>, cabras y manteca... son productos peculiares de esa Galicia campesina, y por ello se repiten una y otra vez en la ficción literaria cuando es obligado aludir a la rica variedad de estas tierras.

Como tampoco puede faltar el pan moreno, que justificó la expresión “mesa gallega”, acepción todavía hoy admitida por el *Diccionario de la Lengua Española*, con la que nos referimos figurada y familiarmente a “Aquella en que falta pan de trigo”<sup>27</sup>.

No obstante, si bien el pan gallego es un pan de centeno, de gran tamaño y color moreno, que, en palabras de Dominga, “más alivia que embaraza”<sup>28</sup>, parece un error suponer que los gallegos tan sólo vieran el trigo cuando bajaban a Castilla para trabajar en la siega. De hecho, Rojas Villandrando, en su *Viaje entretenido*, describe la población orensana de Viana del Bollo y nos sorprende con el siguiente comentario que viene a desmentir lo anterior:

Y proseguimos por aquellos espaciosos campos de valle de Viana, en los cuales se vee maravillosamente la abundancia de los rojos trigos y panes que la diosa Ceres fue causa hubiese en la tierra<sup>29</sup>.

Quizás se trate del escaso trigo al que alude el mismo Correas en su *entretenido Vocabulario de refranes* cuando comenta la expresión, “No hay tal vicio

215

<sup>25</sup> Las referencias al tamaño y la calidad de los nabos gallegos es muy frecuente en la literatura, así como la fertilidad con que éstos se reproducían en estas tierras. Tomé, el personaje gracioso de *Lo que pasa en una tarde*, comedia de Lope de Vega, señala: “Lorenzo de Fortigueira,/ gallego, pero no tanto/ que no tuviese en Castilla/ como de limosna un cuarto,/ entró más galán que él solo,/ si bien por ser corto y ancho/ era nabo de su tierra,/ fértil de hidalgos y nabos.” (*Obras de Lope de Vega*, Tip. de la Revist. de Arch., Bibl. y Museos, RAE, Madrid, 1917, t. III, p. 294b). Por su parte, en las *Cartas inéditas de Eugenio Salazar* (1570), podemos leer en la carta III: “...y aun pudiera dar de aquellos naos que Vm. vio en Galizia, que, sentada la huésped sobre vno, tira por baxo çinco o seis chochos, y corta dél y hinche vna gran parrilla para ella y el marido y familia y cochinaje, y aún queda del dicho nauo vn razonable tajonçillo para se sentar al fuego...” (en *Sales Españolas*, est. A. Paz y Melia, Atlas, BAE, Madrid, 1964, t. 178, p. 278a).

<sup>26</sup> De castañas sabe mucho Teresa de Manzanares, pues sus abuelos, de origen gallego, murieron “de achaque de un magosto, que es un hartazgo de castañas asadas (así se llaman en Galicia).” (Castillo Solórzano, *Teresa de Manzanares*, intr. E. Cotarelo, Colecc. Antiguas Novelas Españolas, Madrid, 1906, p. 11).

<sup>27</sup> *Diccionario de la Lengua Española*, RAE, Madrid, 1992, p. 963.

<sup>28</sup> Tirso de Molina, *Mari-Hernández la gallega*, p. 80.

<sup>29</sup> A. Rojas Villandrando, *Viaje entretenido*, ed. de J. Joset, Clásicos Castellanos, Espasa-Calpe, Madrid, 1977, vol. I, p. 246

como leche con nata y pan trigo”, con estas palabras: “En Galicia, que hay poco trigo, espreciado, porque los más comen centeno”<sup>30</sup>.

Otra estampa popular de sabor costumbrista la encontramos en la primera parte de la comedia *Don Juan de Castro* de Lope de Vega. Relata este pasaje el adiós a Galicia de don Juan y su confidente Roberto. El apenado sentimiento del noble contrasta con el tono cómico que se desprende de las intervenciones del gracioso criado. De la oposición de ambos mundos surge una visión aproximada de nuestra región, no muy distante y ajena a la que acabamos de explicar:

- D.J.– Adiós, España; adiós, Galicia amada.  
Rob.– Adiós, Galicia, hasta que vuelta demos.  
D.J.– Adiós, Monforte, Sarria, Andrada y Lemos.  
Rob.– Adiós, magostos de castaña asada.  
D.J.– Adiós, querida patria, siempre amada.  
Rob.– Adiós, nabos, que ya no nos veremos.  
D.J.– Adiós, montañas, de nobleza extremos.  
Rob.– Adiós, carnero y vaca regalada.  
D.J.– Adiós, mujer mudable como luna.  
Rob.– Adiós, lunadas que el sentido elevan.  
D.J.– Adiós, envidia fiera e importuna.  
Rob.– Vino de Ribadavia, otros te beban<sup>31</sup>.

216

En esta alternancia señor-criado, a la que Lope se refería en su *Arte nuevo de hacer comedias* con el fin de adecuar el lenguaje al personaje que habla, advertimos cómo mientras don Juan está más preocupado por destacar la nobleza de la tierra y sus gentes, Roberto expresa su disgusto por apartarse de la comida y la bebida típicas de Galicia, en la que no faltan referencias a los productos anteriormente mencionados.

Curiosamente, Tirso de Molina nos presenta una escena semejante en *La villana de la Sagra*. Ya tuvimos ocasión de aludir en páginas más atrás a los versos de despedida de don Luis camino de Toledo. Entonces nos referíamos a la estirpe de sus gentes, a lo escarpado de sus montañas y al apóstol Santiago; ahora, sin embargo, le corresponde el turno al criado Carrasco, quien, por su condición, hará hincapié en cuestiones más terrenales como las mujeres, el juego, la buena mesa y el mejor vino, propias de Galicia:

<sup>30</sup> G. Correas, *Vocabulario de refranes*, p. 354.

<sup>31</sup> Lope de Vega, *Don Juan de Castro (Primera parte)*, *Obras de Lope de Vega*, Atlas, BAE, Madrid, 1971, t. XXX, p. 93.

Car.– Adiós, ciudad gallega, noble y sabia,  
 asombro del alarbe y estorlinga,  
 estación del flamenco y del mandinga,  
 del escita y del que vive en el Arabia.  
 Adiós fregona, cuyo amor me agravia,  
 gallega molletuda; adiós, Dominga,  
 que aunque lo graso de tu amor me pringa,  
 siento más el dejar a Ribadavia [...]  
 Adiós, barajas, de mi amor brinquiños,  
 adiós redondos y tajados nabos,  
 adiós pescados, berzas, bacoriños...<sup>32</sup>

A su vez, como lugar costero, surcado por los caudalosos y cristalinos Miño y Sil, Galicia disfrutaba además de las ventajas que les proporcionaban a sus habitantes los productos de sus aguas. Famosas eran sus sardinas, a las que Gonzalo Correas se refiere en su proverbio: “La sardina la galiciana y el pescado de Irlanda”<sup>33</sup>. Asimismo, en un poema titulado *Alabanças de el vino. De Baccho y sus bodas*, rescatado por C. Mauroy a principios de este siglo, podemos encontrar a Camina, musa del poeta, encerrada en la cocina y preparando succulentos platos de entre los que tampoco parece faltar la sardina gallega:

... ya ejercitando tus costumbres lindas  
 estés entre el xamón y la salchicha,  
 o ya al callo y la pasta el gusto rindas;  
 ya la sardina que el gallego espicha  
 al fuego arrojes, que cualquiera basta  
 para lograr su nascimiento y dicha<sup>34</sup>.

Mar y tierra, ríos y montañas, combinan una variada geografía que permite disponer a la gastronomía gallega de los más diversos alimentos. A las truchas de los ríos y las sardinas de la mar podemos oponer la sabrosa carne de jabalíes y venados que pueblan sus montes:

... los peces  
 de sus aguas, que hay muchas,  
 habitación de celebradas truchas;  
 ya en jabalíes cerdosos

<sup>32</sup> Tirso de Molina, *La villana de la Sagra*, p. 125.

<sup>33</sup> G. Correas, *Vocabulario de refranes*, p. 446.

<sup>34</sup> C. Mauroy, “Cuatro poemas”, *RHi*, XXXV (1915), p. 265.

ensayando venablos, y ya en oso<sup>35</sup>,

o las excelencias de sus jamones, según recoge Juan Rufo en un cuento de *Las seiscientas apotegmas y otras obras en verso*:

Almorzando de un jamón de los de Galicia, como fuese estre-madísimo y le preguntase otro que almorzaba con él: “¿Qué os parece deste tocino?”, respondió: “Que puede predicar en Argel y convertir en Salonique”<sup>36</sup>.

### 3.2. Galicia, tierra de vinos

Sin embargo, las excelencias gastronómicas de la región gallega no alcanzan a competir con sus delicados vinos. Como ya subrayase M. Herrero-García<sup>37</sup> en sus interesantes trabajos sobre el tema, del que estas páginas son deudoras, las regiones españolas nos ofrecen un amplio repertorio de variedades vinícolas. Arduo trabajo, sin duda, que ya atisbó Miguel de Cervantes en su *Licenciado Vidriera*, cuando Tomás Rodaja degusta los famosos vinos españoles que el huésped italiano guarda en las bodegas de su hostería:

218

Y habiendo hecho hincapié el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció a hacer parecer allí, sin usar de tropelía, ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente a Madrigal, Coca, Alaejos, y a la Imperial más que Real Ciudad, recámara del dios de la risa; ofreció a Esquivias, a Alanís, a Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se le olvidase de Rivadabia y de Descargamaría. Finalmente, más vinos nombró el huésped, y más les dio, que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco<sup>38</sup>.

De Galicia destacan sobremanera el *tinto* o *tostado* de Orense y el excelente Ribadavia, a los que Tirso alaba en *La villana de la Sagra* por boca de Carrasco:

Car.— Como muy bien berenjenas,

<sup>35</sup> Tirso de Molina, *Mari-Hernández la gallega*, p. 73.

<sup>36</sup> J. Rufo, *Las seiscientas apotegmas y otras obras en verso*, Bibliófilos Españoles, Madrid, 1923, t. I, segunda época, p. 133.

<sup>37</sup> M. Herrero-García, *La vida española del siglo XVII. Las bebidas*, Madrid, 1933, pp. 53-54.

<sup>38</sup> M. de Cervantes, *El licenciado Vidriera, Novelas Ejemplares*, ed. de F. Arroyo y A. Rey, Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1991, vol. I, pp. 305-306.



endrinas dulces, membrillos  
y en todo el alrededor  
el soberano licor  
de Esquivias, Borox, Burguillos  
Y otros muchos; que noticia  
tengo en cuantas partes baña  
con buenos vinos España  
sus hijos; aunque Galicia  
de nuestra amistad se agravia:  
en esta ausencia dispense  
conmigo el tinto de Orense,  
y el fondón de Ribadavia<sup>39</sup>.

De la pasión con que los gallegos aplaudían la presencia en la mesa del buen vino, encontramos recogidos numerosos testimonios en la literatura española, tanto más cuanto que esos vinos procedían de sus propias cosechas y eran consumidas habitualmente. Gonzalo Correas, a quien acudiremos una vez más para conocer la sabiduría popular, nos ofrece la siguiente anécdota que resulta ciertamente contundente:

Gallego, ¿quién ir a misa? –No teño zapatos. –¿Quiés ir a la taberna? –Aquí teño cuatro cuartos<sup>40</sup>.

219

Tampoco se salva de esta disculpable flaqueza la mujer gallega, si atendemos a las explicaciones que nos ofrece el personaje de Tenaza en el entremés quevedesco:

Ten.– [...] con seis ducados de un ama,  
galleguísima taberna  
que, suspirando cuartillos,  
si a mamar al niño llega,  
le da aguardiente por leche  
y un alambique por teta;  
y luego tenella en casa  
por aquesta honrilla negra  
del qué dirán<sup>41</sup>.

<sup>39</sup> Tirso de Molina, *La villana de la Sagra*, pp. 87-88.

<sup>40</sup> G. Correas, *Vocabulario de refranes*, p. 21.

<sup>41</sup> F. Quevedo, *El caballero Tenaza, Obras completas*, ed. de F. Buendía, Aguilar, Madrid, 1967, vol. II, p. 563.

La simpatía de los gallegos por el vino y su aversión hacia el agua se pone de manifiesto en el cuento *Glosas al sermón de Aljubarrota*, de mediados del siglo XVI, recogido en las dos colecciones de patrañas más leídas en la época –la *Sobremesa* de Timoneda y la *Floresta* de Melchor de Santa Cruz–, lo que prueba el grado de *popularidad* del que gozaban los gallegos ante el resto de sus compatriotas:

Como dio testimonio quien esto me contaba, que, viniendo de Flandes en una urca, antes de tomar puerto en La Coruña, sobrevino tan grande tempestad, que no se daban mano sino cinco portugueses que, después de Dios, ellos salvaron la nao, que ni comían ni dormían, sino dar a la bomba y hacer otros reparos. Y aun me contaron de un gallego que ahí venía, el cual sintiendo que la nao se iba a fondo, con aquel deseo natural que los gallegos tienen de verse en su tierra, que pocos de ellos salen fuera de ella, se subió a la gabia por mirar desde allí si la vista alcanzaba a Galicia, y como no vio tierra, se asentó con harto descuido a comer lo que tenía. Acaso el contraestre subió a la gabia, y como la halló con tanto descuido en tiempo de tanta necesidad, riñóle porque no ayudaba a los otros, diciendo:

– ¡Qué hacéis ahí? ¿Por qué no ayudáis a los demás?

El cual dijo:

– ¡Cuerpo de Dios! ¿A hombre que tanta agua espera beber, no dejaréis comer dos bocados?<sup>42</sup>

En otras ocasiones, la animadversión hacia el agua y el gusto por el vino responden al deseo de reafirmar el origen cristiano viejo de quien habla, recordando así la prohibición musulmana de beber alcohol y comer carne de cerdo. Lope de Vega se hace eco de esta circunstancia en su comedia *Ya anda la de Mazagatos*. En tono de humor, el gracioso Tronera elige el vino de Ribadavia como uno de sus preferidos para ejemplificar esta situación:

<sup>42</sup> M. Chevalier, ed., *Cuentos españoles de los siglos XVI y XVII*, Taurus, Madrid, 1982, pp. 75-76. Al desparpajo de los gallegos hace también referencia el siguiente chiste recogido de los *Cuentos de Garibay*, que narra el siguiente caso. “Subió un gallego a un nogal. Cayó de él abajo. Quebróse una pierna. Dijo otro que estaba allí: –Consolaos, hermano, que Dios os hizo merced, que no os matastes. Respondió el gallego: –De esas mercedes os haga Dios muchas” (en *Sales Españolas*, est. Paz y Melia, Atlas, BAE, Madrid, 1964, t. 176, pp. 213-14).

Tro.— Palabras  
bien habladas son aquesas.  
¿Moro yo, cuando es tan rancia  
mi estirpe? ¡Eso no, eso no!  
San Martín y Ribadavia  
son testigos de que soy  
rancio enemigo del agua<sup>43</sup>.

Por otra parte, el vino es considerado fuente de salud y remedio terapéutico para ocasionales desarreglos físicos. “A catarro gallego, tajada de vino”<sup>44</sup>, señala Gonzalo Correas; del mismo modo que el pícaro gallego Estebanillo González parece aliviar sus molestias estomacales acudiendo, cómo no, al mejor vino de su tierra:

Acudí al remedio, y entrándome en una posada, me trajeron un bizcocho y una azumbre de lo de Ribadavia, el cual, por ser mi paisano, me sosegó la tormenta de la barriga<sup>45</sup>.

No obstante, todas las anécdotas que rodean al vino no parecen revelarse tan bondadosas. Peor suerte corrió el protagonista del siguiente suceso real, entresacado del libro *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo*. La carta, fechada en Madrid en junio de 1658, relata una disputa entre vecinos que no tendría la mayor trascendencia si se tratase de un hecho aislado:

221

Fue un escribano en Ribadavia en casa de un clérigo al registro del vino; iba con arcabuz, conociéndole por hombre agrio. Pensó el sacerdote le iba a matar, sacó su escopeta, apuntáronse entrambos, dió fuego la pólvora de la iglesia y la otra no, y el bueno del escriba midió la tierra como conejo, pidiendo de confesión al mismo que le había tirado, que lo hizo poniéndose luego en cobro. De éstas se tienen muchas a cada paso. Dios sobre todo<sup>46</sup>.

La fama adquirida por los vinos gallegos —y sobre todo por el vino de Ribadavia— se expresa en multitud de textos áureos. Pedro Hurtado de la Vera se refiere

<sup>43</sup> Lope de Vega, *Ya anda la de Mazagatos*, *Obras de Lope de Vega*, RAE, Tip. de la Rev. de Archiv., Bibl. y Museos, Madrid, 1930, t. X, p. 535a.

<sup>44</sup> G. Correas, *Vocabulario de refranes*, p. 8.

<sup>45</sup> *Estebanillo González*, p. 45.

<sup>46</sup> J. de Barrionuevo, *Avisos*, p. 1976.

a él en su *Comedia Doleria* como “el verdadero (“y puro”) blanco”<sup>47</sup>, y Agustín de Moreto, en *Cómo se vengan los nobles*, le santifica con el nombre de “San Ribadavia de Oro”<sup>48</sup>.

Por su parte, Tirso de Molina baja al mundo terrenal y, sin desdeñar la inocente irreverencia moretiana, le define como “el monarca de los vinos” en palabras del gracioso Relox (las referencias a los vinos acostumbran a ponerse en boca de criados ingeniosos y borrachines):

Rel.— Alabando estás de espacio  
los arroyos y los ríos,  
cuando nos está brindando  
Ribadavia, a quien venera  
Santa nación, por el santo  
licor, que sobre un magosto  
de castaños, hace raros  
milagros; perdonen todos  
cuantos hay, tristes y blancos,  
que este es el rey de los vinos,  
o el monarca<sup>49</sup>.

222

Y si, por un lado, se santifica al añejo vino gallego, por otro es el mismísimo Satanás quien se encarga de propagar su fama. Así, en *El esclavo del demonio* de Mira de Amescua, el Demonio, en figura humana y bajo el significativo nombre de Angelio, se refiere a él diciendo:

Ang.— El pan te dará Sevilla;  
Las ásperas Alpujarras  
la caza, y fruta escogida  
Y los vinos Ribadavia<sup>50</sup>.

En consecuencia, las excelencias de los vinos de Galicia alcanzaron una gran popularidad en el resto de la Península, y si bien sirvió en buena medida para alimentar el tópico, según el cual el gallego tenía fama de borracho:

Cal.— Que yo soy, aunque pese a Mahomilla,

<sup>47</sup> P. Hurtado de la Vera, *Comedia intitulada Doleria*, Viuda y herederos de Juan Stelsio, Amberes, 1562, p. 28a.

<sup>48</sup> A. de Moreto, *Cómo se vengan los nobles*, *Comedias escogidas*, ed. de L. Fernández-Guerra, Atlas, BAE, Madrid, 1950, t. 39, p. 432a.

<sup>49</sup> Tirso de Molina, *La romera de Santiago*, p. 1247.

<sup>50</sup> Mira de Amescua, *El esclavo del demonio*, ed. de J.A. Castañeda, Cátedra, Madrid, 1980, p. 140.

un buen gallego honrado,  
de aquellos bebedores de Castilla,  
que con una castaña  
se beberán de vino una montaña<sup>51</sup>,

supuso, además, un mejor conocimiento y una aproximación más directa a esta tierra.

#### 4. El antigalleguismo como tópico del siglo dorado

##### 4.1. Los gallegos

Las páginas de la literatura española del Siglo de Oro están plagadas de referencias a tipos y costumbres de la época. Tudescos de vocación borrachos, portugueses melifluos, italianos arrogantes, castellanos soberbios, vizcaínos de hablar indescifrable, andaluces de incomparable desparpajo... todos ellos reúnen los atributos distintivos de sus tierras.

Como ya señalase M. Herrero-García en su erudito trabajo, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, “El tipo del gallego ha sido uno de los tópicos satíricos de la literatura española más llevados y abusivamente traídos”<sup>52</sup>. Se refiere en sus páginas al hecho de que muchos naturales de esta región se vieran obligados a abandonar sus tierras para trasladarse a la Corte y rebajarse a los oficios domésticos más humildes: criados, lacayos, esportilleros o ganapanes, ellos; fregonas, lavanderas y sirvientas, ellas. Como resume Avalor-Arce, “el antigalleguismo en nuestra edad dorada era general, y los gallegos que aparecen en la literatura son siempre lacayos, criados, mozas de mesón y gentuza por el estilo”<sup>53</sup>.

Es evidente, por lo general, que ambos comentarios podrían resultar demasiado exagerados y que, en verdad, encontramos ejemplos bien distintos del carácter gallego, aunque a buen seguro parecen explicarse como excepciones que vienen a confirmar un lugar común en nuestra literatura.

La aparente escasa utilidad social del gallego y el hecho de que algunos de ellos no cumplieren su oficio con el entusiasmo y la dedicación deseadas, sirvieron para recrear una imagen falsa, por lo tópico, aunque sustentada en la dura realidad del momento. De ahí se trasladó inevitablemente a la ficción literaria y actuó como caja de resonancia para crear una leyenda que en poco benefició a esta tierra y a sus gentes.

<sup>51</sup> Lope de Vega, *Santa Casilda, Obras de Lope de Vega*, RAE, Tip. de la Revist de Archiv., Bibl. y Museos, Madrid, 1917, t. II, p. 584b.

<sup>52</sup> M. Herrero-García, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Ed. Voluntad, Madrid, 1928, p. 195.

<sup>53</sup> J. B. Avalor-Arce, *La señora Cornelia, Novelas Ejemplares*, vol. III, p. 199, nota 92.

El ama que da posada a los estudiantes españoles en *La señora Cornelia* de Cervantes, da cuenta a la Bentivolli de los peligros que le acechan poniendo su honra en manos de españoles, si no de gallegos concretamente:

... he venido a ser masara de españoles, a quien ellos llaman ama, aunque la verdad no tengo de qué quejarme de mis amos, porque son unos benditos, como no estén enojados, y en esto parecen vizcaínos, como ellos dicen que lo son. Pero quizá para consigo serán gallegos, que es otra nación, según es fama, algo menos puntual y bien mirada que la vizcaína<sup>54</sup>.

Todos los denuestos posibles venían a resumirse en la expresión “A pesar de gallegos” –insistentemente recogida en los textos– con el sentido de “A pesar de ruines”, que explicaba tan breve como contundentemente dicha realidad.

Cuando los desaprensivos pescadores que encierran al pobre Lázaro de Tormes de Juan de Luna en una cuba de agua y le pasean por toda España hasta llegar a Toledo y descubrir el declarado adulterio de su mujer con el arcipreste, se dice:

El agua se entraba a más andar por todas las puertas sin resistencia alguna, dando muestras de estar muerto, harto contra mi voluntad, la cual fue vivir todo lo que Dios quisiere y yo pudiese, a pesar de gallegos y de la adversa fortuna<sup>55</sup>.

Curiosamente, el criticado y anónimo autor renacentista de la otra segunda parte de las andanzas de Lázaro, también utiliza esta misma expresión en el episodio atunesco de sus bodas:

Al fin lo hice, y mis bodas fueron hechas con tantas fiestas como se hicieran a un príncipe, con un vizcondado que con ella el rey me dio, que a tenerlo en tierra me valiera harto más que en la mar. Al fin, del extremo atún, subí mi nombre a su señoría, a pesar de gallegos<sup>56</sup>.

Por último, sin pretender agotar el tema, en *El invisible príncipe del baúl*, de Álvaro Cubillo de Aragón, el gracioso Pedro indica a su Príncipe:

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 525.

<sup>55</sup> J. de Luna, *Segunda parte del Lazarillo de Tormes*, ed. de P. M. Piñero, Cátedra, Madrid, 1988, p. 306.

<sup>56</sup> Anónimo, *Segunda parte de Lazarillo de Tormes*, ed. de P. M. Piñero, ed. cit., p. 223.

Ped.— Puedes con el Can-Cerbero  
Darte, señor, dos caídas;  
Puedes hacer nacer berros  
En una artesa, y podrás  
Ser, á pesar de gallegos,  
Potente rey de romanos<sup>57</sup>.

Así pues, los gallegos son identificados y confundidos con personas ruines; de ahí que aquellos géneros literarios en los que la realidad social se manifiesta por la presencia de personajes de condición social baja y apicarada, ofrezcan una nómina nada despreciable de gallegos. Es el caso, por ejemplo, de los entremeses, jácaras o mojjangas, piezas de teatro breve en las que se satirizan y deforman los vicios de los tipos más ridículos de la sociedad. Basta echar una rápida ojeada al *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*<sup>58</sup> de Cayetano A. de la Barrera, para encontrarnos títulos, algunos de ellos perdidos, inéditos o falsamente atribuidos, como *Gallegas*, *Gallega y los mandados*, *Gallego silletero*, *Gallego toreador*, *Gallego y las lechugas*, *Embajada de gallego*, *Disputa del Gallego y el Vizcaíno*, *Valiente y el Gallego*, *Pleito del Gallego*... A buen seguro, el fugaz argumento de estas obras radica en la crítica o la burla del gallego que, por otra parte, encontramos en entremeses más conocidos como *La puente segoviana* de Quiñones de Benavente, *El figonero* de J. B. Diamante o *Los casamientos* de Suárez de Deza<sup>59</sup>.

225

Además de esto, muchos personajes del mundo picaresco suelen proceder de tierras gallegas. Desde Estebanillo González, natural de Salvatierra de Miño, hasta la hija de Celestina, cuyo padre, Alonso Rodríguez, era “gallego en la sangre y en el oficio gallego”<sup>60</sup>, o Teresa de Manzanares, cuya madre, Catuja, en castellano Catalina, era oriunda de Cacabelos, sin olvidarnos de la descendencia de la pícara Justina, así como de una larga nómina de criados y lacayos nacidos en el teatro y representados en las tablas... la literatura realista y satíricamente crítica ayudó a difundir la marginada condición social de estos personajes.

<sup>57</sup> A. Cubillo de Aragón, *El invisible príncipe del baúl, Dramáticos posteriores a Lope de Vega*, Atlas, BAE, Madrid, 1951, t. 47, p. 109b.

<sup>58</sup> C. A. De la Barrera, *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, Gredos, Madrid, 1969.

<sup>59</sup> Vid. *Ramillete de entremeses y bailes*, ed. de H.E. Bergman, Castalia, Madrid, 1970.

<sup>60</sup> Salas Barbadillo, *La hija de Celestina*, p. 42.

## 4.2. Hacia una tipología del gallego

Para M. Herrero-García<sup>61</sup>, el aspecto externo que caracteriza fundamentalmente a la figura del gallego es la ausencia de zapatos en los pies que, sin embargo, sí llevaban colgados en un atillo al cuello con el fin de no gastarles las suelas. Flores, en *Galán, valiente y discreto* de Mira de Amescua, narra la siguiente anécdota del gallego –devoto del vino– que caminaba descalzo:

Flo.– De un lugar a otro pasava  
y un español encontré  
gallego pienso que fué,  
pues descalzo caminava.  
Con un río nos topamos  
y el que descalzo venía  
dixo que me paxaría  
con que en la venta bebamos  
a mi costa...<sup>62</sup>

y Catuja, madre de Teresa de Manzanares, adopta también la misma costumbre –en su caso por nacer con los pies pequeños, raro en las mujeres gallegas–, si bien Castillo Solórzano no exime de este defecto al resto de sus paisanas, a las que describe:

Con las faldas en cinta, como dicen, y con ellas los zapatos,  
por no los romper (propia prevención de las damas de su  
país)...<sup>63</sup>

Por otra parte, su aspecto desaliñado y sucio, que Góngora explicaba por la aversión al agua y la devoción por el vino:

¡Oh Sil, tú, cuyos cristales  
desatas ociosamente,  
mal coronada tu frente  
de castaños y nogales,  
qué bien de los naturales  
vas murmurando y no paras!  
Perdonen tus aguas claras  
de Baco el poder injusto,

<sup>61</sup> M. Herrero-García, *op. cit.*, p. 197.

<sup>62</sup> A. Mira de Amescua, *Galán, valiente y discreto*, ed. de W. Forbes, Playor, Madrid, 1973, p. 88.

<sup>63</sup> Castillo Solórzano, *Teresa de Manzanares*, p. 18.



si ellos te niegan el gusto  
y ellas te niegan la cara<sup>64</sup>,

les hacen merecedores de los oficios más rudimentarios y, singularmente, del de criados. Dorotea, en la comedia cervantina *La entretenida*, intuye los orígenes gallegos de Torrente por dos atributos distintivos: su pasión por el vino y su calidad de lacayo:

Dor.— Bodegón con pies, camina,  
que aquí no le conocemos;  
calle o pague, porque olisca  
a lacayo y a gallego<sup>65</sup>,

y Lope de Vega, en unas redondillas que describen al Madrid cortesano, se hace eco igualmente del papel social desempeñado por los gallegos:

Fundada estais sobre un lomo,  
Y por si es hembra, sea loma.  
Fundación fuistes de griegos,  
En ganar el mundo rayos,  
Antes que hubiese lacayos  
y esportilleros gallegos<sup>66</sup>.

227

Como criados, sin embargo, tampoco parecen cumplir fielmente con sus obligaciones; por ello, son víctimas de la crítica más despiadada que les tacha de innumerables defectos, soportando aquel adagio de tono peyorativo que dice: “Ni perro, ni negro, ni mozo gallego”<sup>67</sup>. Se les acusa de ser inconstantes en su trabajo y huir, abandonando a sus amos, en los momentos inciertos:

Lis.— ¡Muy gentil matalotaje  
llevamos! ¡Mozo gallego!  
¿Sabes cuán chancero es,  
que sirve un año, y después  
toma las de Villadiego?<sup>68</sup>

<sup>64</sup> L. de Góngora, *Poesía selecta*, p. 192.

<sup>65</sup> M. de Cervantes, *La entretenida*, *Obras completas*, ed. de A. Valbuena Prat, Aguilar, Madrid, 1962, p. 486.

<sup>66</sup> Lope de Vega, *Justa poética en la beatificación de San Isidro*, *Colección escogida de obras no dramáticas*, ed. de C. Rosell, Atlas, BAE, Madrid, 1950, t. 38, p. 269b.

<sup>67</sup> G. Correas, *Vocabulario de refranes*, p. 339.

<sup>68</sup> Tirso de Molina, *La villana de la Sagra*, pp. 37-38.

también se les echa en cara un defecto capital para el lacayo doméstico, cual es el de no saber guardar un secreto:

- Gar.- Si sois gallego no dudo  
publiquéis cualquier secreto  
en viéndoos en aprieto.  
Car.- Ninguno allá nace mudo<sup>69</sup>.

En *El astrólogo fingido* de Calderón, este rasgo de caracterización del personaje constituye el motivo funcional de una escena repleta de fino humor. Beatriz decide contarle un secreto al criado Morón, quien ha dado su palabra de gallego honrado de mantenerlo en silencio. Apenas sale Beatriz del escenario cuando ya el criado está confesándole la confidencia a don Diego:

- Bea.- Yo, Morón, te lo dijera,  
si me juraras aquí  
tenerme siempre secreto.  
Mor.- Y yo, Beatriz, lo prometo  
a fe de gallego. Dí.  
Bea.- Ni a tu señor.  
Mor.- ¿Cómo qué?  
Pierde de aqueso cuidado;  
que a fe de gallego honrado  
que jamás se lo diré.  
.....  
Mi vida está en grande aprieto  
si no lo digo. Advertid:  
esto que me han dicho agora,  
mátenme si de aquí a un hora  
no se supiere en Madrid<sup>70</sup>.

Muy probablemente, la alusión a los orígenes gallegos del personaje alertaría de antemano al espectador sobre el incumplimiento del juramento realizado, viniendo a subrayar la deslealtad de los naturales de esta tierra. A estos defectos

<sup>69</sup> Tirso de Molina, *Escarmientos para el cuerdo*, *Comedias de Tirso de Molina*, ed. de E. Cotarelo, NBAE, Madrid, 1907, p. 67a.

<sup>70</sup> Calderón de la Barca, *El astrólogo fingido*, *Obras completas*, ed. de A. Valbuena Briones, Aguilar, Madrid, 1973, vol. II, p. 137.

naturales, habría que añadirles su propensión a apoderarse de lo ajeno, como parece sugerir el siguiente dicho explicado por Gonzalo Correas:

“Mete el gallo en tu muladar y hacérsete ha heredero.” Porque han ganado opinión algunos mozos gallegos para toda la nación, que cuando les parece toman lo que pueden y se pagan de su mano de la soldada y se acogen<sup>71</sup>.

Así, en el *Diálogo intitulado El Capón*, fechado por Lucas de Torre hacia los primeros años del siglo XVII y atribuido sin certeza a un tal Bachiller Narváez, se nos ofrece una despiadada crítica contra las costumbres de los mujeriegos capones en la sociedad de la época. La línea principal del relato se confunde con una acción secundaria en la que el protagonista, un antiguo clérigo ahora capitán del ejército, viene persiguiendo a un criado gallego que le ha robado toda su fortuna y al que se refiere con las expresiones de “ganzúa gallega” y “zorra gallega”.

El enfado del capitán sube de tono cuando lanza envenenados dardos que siempre van dirigidos a la diana gallega, con insultos como

¡Que floxos son estos diablos de gallegos! ¡Que poca pesadumbre les da el hurto!<sup>72</sup>

y más adelante:

¡Mal haya la casta puta que á Castilla os envió!<sup>73</sup>

o bien, en el colmo del despropósito:

¡Vive nuestro Señor, que gallegos son peores que capones, y que si algún capón pudiera engendrar que creiera que toda la gente de Galicia descendía de capones!<sup>74</sup>

No debe extrañar, por tanto, que, siendo de todos conocida la facilidad con que se apropian de los bienes que no le pertenecen, en algunos textos se aluda sin razón aparente a su supuesta honradez. Así lo hace el gracioso Lobón en *La batalla de Pavía y prisión del rey Francisco* de Cristóbal de Monroy:

<sup>71</sup> G. Correas, *Vocabulario de refranes*, p. 310.

<sup>72</sup> *Diálogo intitulado El Capón*, est. Lucas de Torre, *RH*, 38 (1916), p. 306.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 307.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 310.

Sol.- ¿Quién va?  
Lob.- Un alemán gallego,  
que, aunque gallego, es honrado<sup>75</sup>,

como si ambos atributos estuvieran reñidos; o el criado Pinchauvas, nombre apropiado para este gallego, cuando se le acusa de ladrón:

Pin.- Yo soy un gallego honrado,  
Y pudiera en toda España  
Vender honra<sup>76</sup>.

De igual modo, parece explicable que en otros textos el gallego pida excusas por el mero hecho de serlo, o bien se repita una situación ya comentada páginas atrás como es la de ocultar su origen, o negarlo, ante el temor de no ser aceptado en el entorno social. Por ello, en *El desafío de Carlos Quinto* de Rojas Zorrilla, el gracioso Buscarruido señala:

Bus.- Yo, Señora, soy soldado,  
Plugiera á Dios no lo fuera,  
Español, por mi fortuna,  
Y gallego, con licencia<sup>77</sup>,

230

y en la comedia de Lope de Vega titulada *Santa Casilda*, el criado Calambre responde con estos versos a la curiosa pregunta del rey moro:

Rey.- ¿En efecto, eres gallego?  
Cal.- ¡Pesía tal! es mi blasón  
y aunque muchos que lo son  
lo niegan, yo no lo niego<sup>78</sup>.

### 4.3. Gallegos: cristianos nuevos

Otro atributo que viene a caracterizar la tipología del gallego es su desinterés por los asuntos religiosos, llegando a motejarse de morisco y achacándole su

<sup>75</sup> C. de Monroy y Silva, *La batalla de Pavía y prisión del rey Francisco, Dramáticos posteriores a Lope de Vega*, Atlas, BAE, Madrid, 1951, t. 49, p. 79b.

<sup>76</sup> A. de Zamora, *El hechizado por fuerza, Dramáticos posteriores a Lope de Vega*, *ibid.*, p. 437a.

<sup>77</sup> F. Rojas Zorrilla, *El desafío de Carlos Quinto, Comedias escogidas*, Atlas, BAE, Madrid, 1952, t. 57, p. 409b.

<sup>78</sup> Lope de Vega, *Santa Casilda*, pp. 574-75.

falta de limpieza de sangre, atributo indispensable en la sociedad española de los siglos XVI y XVII.

Lope de Vega en su comedia *El Abanillo* se refiere a las costumbres bárbaras e irreverentes del vulgo en Galicia, irónica paradoja en una tierra que se había convertido en lugar de obligada peregrinación para visitar la tumba del gran patrón de España: el apóstol Santiago<sup>79</sup>.

En esta obra citada de Lope de Vega, el criado Fabio advierte de la diferencia que distingue a los gallegos atendiendo a su condición social. Mientras que el pueblo llano carece de espíritu religioso, los nobles, sin embargo, son un ejemplo de virtud:

Fab.— Gallegos, gente non sancta;  
esto el vulgo, que los nobles  
es de lo mejor de España<sup>80</sup>.

Gonzalo Correas nos relata graciosamente la escasa religiosidad de los gallegos:

—Gallego, ¿fuieste hoy a misa? —Sí, si a Dios plugo, y sea  
loado. —¿Viste a Dios? —No miré en tanto<sup>81</sup>,

231

y su mezquino comportamiento que les induce a dudar, e incluso renegar, de su fe cristiana a cambio de algún provecho económico:

---

<sup>79</sup> El camino de Santiago, lugar de peregrinación religiosa junto a Guadalupe o Monserrat, es referencia obligada en la literatura áurea y tema de actualidad en este año Jacobeo. Si Cristóbal de Mesa (*El patrón de España*) y Quevedo (*Espada por Santiago, sólo único Patrón de las Españas*), entre otros, habían defendido su patronazgo en encendidos elogios poéticos, la nómina de autores y obras que aluden a las hazañas bélicas del santo y a los milagros y obligaciones que los españoles habían contraído con él es innumerable. Desde Díaz Tanco de Fregenal —viajero incansable y clérigo extremeño afincado en Orense en donde compuso *La garatusa gallega que trata de las cinco provincias de Galicia, y de las gentes naturales de ellas. De la limpieza del comer, y de la policia del vestir, y de los juegos manuales que allá se usan—*, o el *Viaje de Turquía* de Villalón, hasta *El peregrino en su patria* de Lope o el *Estebanillo González* anónimo, el escenario religioso representa un hallazgo para la literatura contrarreformista que se resume en la aparición del *peregrino*, personaje principal de los relatos barrocos, con especial preferencia para el llamado *género bizantino*.

<sup>80</sup> Lope de Vega, *El Abanillo, Obras de Lope de Vega*, RAE, Tip. de la Revist. de Arch., Bibl. y Museos, Madrid, 1917, t. III, p. 4b.

<sup>81</sup> G. Correas, *Vocabulario de refranes*, p. 221.

–Gallego, vuélvete moro. –No queiro. –Y te daré dos reales.  
–No queiro. –Darte he dos y medio. –Ora daca, fillos e  
muller y todo<sup>82</sup>.

El género picaresco nos ha dejado algunos ejemplos sobre este asunto que tratamos. Así, Estebanillo González alude al posible origen cristiano nuevo de su madre y hermanas –irónicamente y por extensión también al suyo– cuando se refiere a éstas tachándolas de “jarifas”, con el significado primero de “graciosas” o “amables”, pero quizás también con el de “conversas”:

Dejó dos hijas jarifas, siendo cristianas, de la edad que las manda comer el doctor, con mucha hermosura en breves abriles<sup>83</sup>.

Menos ambigüo es el siguiente texto, también de ambientación picaresca, entresacado del relato de Castillo Solórzano titulado *Teresa de Manzanares*. Cuando ésta se remonta a su árbol genealógico, alude a su abuelo de quien destaca su poco interés por la práctica religiosa, defecto común en las gentes de aquellos parajes:

Su padre se llamó Payo de Morrazos y su madre Dominga Morriño. Mi abuelo no era bien tinto en gallego, sino de los asomados al reino...ni bien era cristiano, ni dejaba de serlo; tan bárbaros nombres se hallan tal vez en aquella tierra<sup>84</sup>.

Probablemente se refiera nuestro autor a los cristianos nuevos que se vieron obligados a *asomarse* a las fronteras gallegas tras el establecimiento de la Inquisición en Portugal. Según parece, la comunidad conversa de Galicia abandonó España y se instaló en la Lusitania. Sin embargo, cuando las medidas inquisitoriales se endurecieron en el país vecino, decidieron regresar de nuevo a sus tierras para asentarse en zonas fronterizas como Ribadavia, Monterrey, Orense, Monforte o Salvatierra, localidad de la que curiosamente era natural Estebanillo González.

No olvidemos que este asunto es contemplado con cierta amargura, no exenta de violencia, en la comedia de Tirso, *Mari-Hernández la gallega*. En un pasaje que ha servido a Blanca de los Ríos para fechar esta pieza en lo que denomina “ciclo Galaico-Portugués”, entre los años 1608 y 1612, época en la que el merce-

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 221.

<sup>83</sup> Estebanillo González, p. 39.

<sup>84</sup> Castillo Solórzano, *Teresa de Manzanares*, p. 9.

dario inicia los primeros viajes a los conventos que su orden tenía repartidos por Galicia, encontramos a rústicos labradores, representación viva del linaje cristiano viejo en España, que apoyan los procesos judiciales iniciados por Felipe III para preparar la expulsión de los moriscos:

- Car.— Sí, Fernando e Isabel  
rayos de judíos son.  
Ote.— De la Santa esquinación  
huye esta canalla infiel  
y se nos acoge acá.  
Gil.— De la Inquisición diréis.  
Ote.— Sí, vos que leer sabéis,  
acertaréis.  
Ben.— Gil sí hará.  
Ote.— Una comisión ha venido  
en su busca.  
Gil.— Comisario  
se llama.  
Ote.— Y un calendario  
de los reyes ha tenido  
que le nombran procesión.  
Gil.— Provisión.  
Ote.— Para prendellos<sup>85</sup>.

233

Es innegable que tras la comicidad que subraya la incultura de los labriegos, se esconde además una actitud hostil y, en ocasiones, furibunda, contra aquellos moriscos que regresaban a sus tierras sin haber renegado de su fe. La misma Mari-Hernández confunde a don Álvaro, su futuro marido, con uno de ellos, y está a punto de darle muerte arrojándole un peñasco mientras dormía.

Por último, de la larga descendencia picaresca cabe destacar asimismo el origen poco moralizador de la llamada hija de Celestina de Salas Barbadillo. En ella se conjugan dos rasgos que declaran la infamia de su linaje. Por un lado, una madre mora, Zara, enemiga acérrima de los cristianos; por el otro, un padre gallego:

Pareció bien en su mocedad y tanto que más de dos cruces  
verdes y rojas desearon mezclar sangres, ofreciéndole la liber-  
tad pero ella que con natural odio, heredado de sus mayores,  
estaba mal con los cristianos, se excusó de no juntarse con

<sup>85</sup> Tirso de Molina, *Mari-Hernández la gallega*, p. 71.

ellos y así hizo desto firme voto a su profeta, que observó rigurosamente exceptando los gallegos, por parecerle que entre ellos y los moriscos la diferencia no es considerable<sup>86</sup>.

Así pues, *gallego* y *moro* son sinónimos y términos casi inseparables, y, cuando no lo son, es precisamente para alabar al segundo en detrimento del primero. En la citada obra de Tirso de Molina, *Mari-Hernández la gallega*, el gracioso criado Caldeira, de origen portugués, llama la atención sobre un refrán, sin duda muy popular, en el que ambas razas se disputan sus infames orígenes:

Cal.— La verdad limpia  
te digo. Moro es el Conde,  
y aun peor, si el refrán miras  
de “antes moro que gallego”<sup>87</sup>,

y Lope de Vega, en *Bernardo del Carpio*, insiste en la misma idea ya convertida en tópico:

Min.— ¡Belitre, rocín, marrano!  
Ord.— Vos sois de putora hermano  
Y yo en Galicia nací.  
No quiero nada con vos,  
Que no entiendo vuestro juego.  
Min.— ¡Antes moro que gallego!  
Ord.— ¡Y vos lo sois, juro a Dios!<sup>88</sup>

En consecuencia, el refrán “antes moro que gallego”, venía a poner de manifiesto el talante poco religioso y descreído de los gallegos, y tan sólo era comparable con otra expresión, igualmente despectiva, que identificaba *moro-gallego-puto* en un mismo campo de significación. Nos referimos al dicho “antes puto que gallego”, al que se refiere Estebanillo González con el propósito de rebajar sus orígenes:

Pasé de allí a Salvatierra, solar esclarecido de los Muntañones  
y patria de mis padres, que no oso decir que es mío, por lo  
que he referido de mi nacimiento y porque todos mis amigos,

<sup>86</sup> Salas Barbadillo, *La hija de Celestina*, p. 42.

<sup>87</sup> Tirso de Molina, *Mari-Hernández la gallega*, p. 86.

<sup>88</sup> Lope de Vega, *Bernardo del Carpio*, *Obras de Lope de Vega*, RAE, Tip. de la Revist. de Arch., Bibl. y Museos Madrid, 1917, t. III, p. 651a.



llegando a adelgazar este punto, me dicen: Antes puto que gallego<sup>89</sup>.

#### 4.4. Los Grandes de Galicia; otro modelo de comportamiento

Sin embargo, y atendiendo a la interesada distinción jerárquica establecida por Lope de Vega en el drama *El Abanillo*:

Fab.— Gallegos, gente non sancta,  
esto el vulgo, que los nobles  
es de lo mejor de España<sup>90</sup>,

ni todos los sectores sociales ni todas las gentes de la región gallega ofrecen una idiosincrasia común. De entre ellos parece sobresalir el estamento nobiliario y, en concreto, algunos nombres de extraordinaria influencia en los ambientes cortesanos. Es el caso del poderoso conde de Lemos, a quien Góngora dedica el soneto que lleva por título “Al conde de Lemus, yéndole a visitar a Monforte”. El poeta andaluz, cuya pluma había servido para zaherir sin compasión las costumbres de la Galicia rural, adopta ahora un tono reverente cuando ensalza las virtudes de uno de los personajes más influyentes de la corte española del momento, a cuyo antiguo linaje dedica los siguientes versos:

235

Llegué a este Monte fuerte, coronado  
de torres convecinas a los cielos  
cuna siempre real de tus abuelos,  
del reino escudo, y silla de tu estado<sup>91</sup>.

Tampoco se le escapa al siempre solícito Fénix de los Ingenios la alusión a tan preclaro nombre en su vasta producción literaria. Un ejemplo lo encontramos en el canto segundo de las *Fiestas de Denia*, donde podemos leer estos versos:

La antigua sangre y el balor Gallego  
Mostrava bien el rostro y cuerpo ayroso,  
Con la virtud y velicos extremos  
Dignos de un primogénito de Lemos<sup>92</sup>.

<sup>89</sup> Estebanillo González, p. 21

<sup>90</sup> Lope de Vega, *El Abanillo*, p. 4b.

<sup>91</sup> L. de Góngora, *Obras completas*, p. 484.

<sup>92</sup> Lope de Vega, *Fiestas de Denia*, *Obras completas*, ed. de J. de Entrambasaguas, CSIC, Madrid, 1967, t. I, p. 421.

Recordemos que don Pedro Fernández de Castro, VII conde de Lemos, fue un gran protector de las letras españolas y, en consecuencia, celebrado por los grandes escritores del momento, desde Lope y Góngora hasta Quevedo, Cervantes, Espinel, los Argensolas o María de Zayas.

Tirso de Molina se refiere, por su parte, al abolengo de los Castros en *La romera de Santiago*:

- Rel.— De esa suerte  
bien puede un lacayo honrado  
decir que es gallego ahora.
- Lis.— ¿Por qué no, si estos peñascos  
á Castilla y á León  
tan honrada sangre han dado, que para gloria del mundo  
basta el blasón de los Castros,  
en Galicia tan antiguo?<sup>93</sup>

estirpe a la que Lope de Vega también había dedicado el argumento de dos de sus comedias con el título de *Don Juan de Castro*. En la primera parte, el mismo protagonista recuerda al lector sus rancios orígenes:

236

- D.J.— Fértiles y hermosos campos  
de lo mejor que en Galicia  
baña el noble mar de España,  
solar de mi casa antigua,  
honor de Castros y Andradas;  
padre ilustre, a quien inclinan  
sus cabezas estos montes  
desde el Ferrol a Castilla<sup>94</sup>.

Por lo demás, la ficción literaria también nos ofrece ejemplos de personajes gallegos cuyos rasgos de valentía y bondad distan mucho de la imagen primera acerca del gallego innoble. A saber, el contradictorio perfil de don Tello, el poderoso de la famosa comedia lopesca *El mejor alcalde, el rey*. En ella, el infanzón gallego, don Fernando, cuyo suceso trata la *Crónica General* de Alfonso X el Sabio, ha sido sustituido aquí por un ejemplar y admirado señor que, sin embargo, acaba convirtiéndose en un déspota cuando sucumbe a la irrefrenable pasión amorosa por la villana Elvira.

<sup>93</sup> Tirso de Molina, *La romera de Santiago*, p. 395.

<sup>94</sup> Lope de Vega, *Don Juan de Castro (Primera parte)*, p. 91.

La figura de don Tello aparece ante los ojos del espectador como víctima implacable de un cruel destino que le convierte en un personaje trágico; su existencia, tras conocer a Elvira, se debate entre la locura y la razón, que finalmente le hace despertar a la realidad en las últimas escenas de la pieza, cuando comprende su impropio comportamiento y acepta, resignado, el castigo real.

Un segundo ejemplo lo encontramos en la comedia de Calderón titulada *Luis Pérez el gallego*, de la que prometió una segunda parte que, curiosamente, no apareció escrita hasta 1717, y no por la pluma del dramaturgo madrileño, sino del escritor y militar Anero Puente.

Sobre la caracterización del personaje apunta acertadamente Valbuena Briones en su estudio introductorio los siguientes rasgos: “Su arbitrariedad y celo por los amigos, su ingenua malicia... su gallardía y generosidad, le otorgan características caballerescas de signo prerromántico en la línea de un Cyrano de Bergerac”<sup>95</sup>.

Se cuenta en esta obra las desventuras de este personaje que sufre una violenta persecución por defender la amistad entre las personas. La acción, que se inicia en Salvatierra y concluye también por tierras gallegas, finaliza con la liberación de la cárcel del protagonista gracias a la ayuda de sus amigos que espantan a los alguaciles que le custodiaban.

### 5. La mujer gallega: cara y cruz del idealismo

La mujer gallega merece, a su vez, un capítulo aparte. Para su desgracia, no espere el lector encontrar en él apasionadas descripciones ni rasgos de idealismo contenido. Porque si el vulgo gallego es blanco de enconadas críticas, la mujer gallega, salvo honrosas y contadas excepciones, tampoco sale muy bien parada en la literatura áurea.

Su descripción física sorprende por la desorbitada dimensión de sus miembros y facciones. En ningún caso se oculta la fealdad de su rostro capaz de competir con el de cualquier varón barbudo. Cuando Turrada, en el entremés de Quiñones de Benavente titulado *Entremés famoso de Turrada*, pretende dar celos a una moza requebrando en su presencia a otra, que no es sino el alcalde en hábitos femeninos, leemos lo siguiente:

Alc.- Esto es hecho.  
Hágome mujer, y sirva  
de manto mi ferreruelo.  
(*Pónesele en la cabeza.*)  
¿Estó bonito?  
Tur.- Extremado.

<sup>95</sup> A. Valbuena Briones, en su *Estudio Preliminar a Obras completas de Calderón*, p. 280.

Alc.— \*Moza gallega parezco<sup>96</sup>.

Castillo Solórzano describe la belleza poco común de Catuja de Morrazos, extrañándose de semejante milagro en tierra de tanta fealdad:

Era Catuja de Morrazos, naturalmente aseada y limpia y con razonable cara, que para aquella tierra es un prodigio, pues parece que la naturaleza repartió en ella con pródigas manos la fealdad<sup>97</sup>.

Poco afortunadas, el resto de su cuerpo descubre formas extremadas: mujeres de prominentes culos, pies enormes y pechos exuberantes, que hacen bueno el proverbio recogido por Gonzalo Correas: “moza gallega, nalgas y tetas”<sup>98</sup>. Esos pies tan amplios sostienen dos vigorosas piernas capaces de golpear con igual furia que las coces de las yeguas y los mulos de Galicia.

El judío Salomón de *La Manganilla de Melilla*, comedia de Ruiz de Alarcón, se defiende de la inesperada amenaza de un león tratando de patear cual si fuera moza gallega:

Sal.— ¡Muerto soy! ¡A mí se llega!  
¿No tuviera Salomón,  
¡cielo!, en tan fuerte ocasión  
patas de moza gallega?<sup>99</sup>

238

También Lope de Vega hace hincapié en varias ocasiones en este extremo, pero refiriéndose a la relación amorosa. El enamorado persigue insistentemente a la amada y ésta le corresponde violentamente. Por ello, en *El galán de la Membrilla*, Inés advierte a su pretendiente de lo peligrosas que pueden resultarle sus carantoñas:

Ine.— Pues sepa  
que a un pellizco, un moxicón,  
y a un beso, una cox gallega<sup>100</sup>.

<sup>96</sup> L. Quiñones de Benavente, *Entremés famoso de Turrada*, Colección de Entremeses, Loas, bailes, Jácaras y Mojigangas, NBAE, Madrid, 1911, t. I, vol. 2, p. 536.

<sup>97</sup> Castillo Solórzano, *Teresa de Manzanares*, p. 12.

<sup>98</sup> G. Correas, *Vocabulario de refranes*, p. 318.

<sup>99</sup> J. Ruiz de Alarcón, *La Manganilla de Melilla*, Obras completas, ed. de A. Miralles, FCE, México, 1959, t. II, pp. 235-36.

<sup>100</sup> Lope de Vega, *El galán de la Membrilla*, ed. de D. Marín y E. Rugg, Imprenta Silverio Aguirre, Madrid, 1962, p. 199.

Y en el soneto “Dessea afratелarse, y no le admiten”, el enamorado vuelve a quejarse de los desdenes de su amada aludiendo al mismo tóxico:

Muerome por llamar Juanilla a Juana,  
Y son de tierno Amor afectos vivos,  
Y la cruel con ojos fugitivos  
Hace papel de yegua galiciana<sup>101</sup>.

Así pues, las poderosas piernas de las mujeres gallegas tan sólo ofrecen un punto de comparación con la inusitada violencia de la que hacían gala las mulas de aquella región, fama que podemos documentar de nuevo en el *Vocabulario de refranes* de Correas cuando refiere el siguiente dicho:

“A jueces galicianos, con los pies en las manos”. Entiéndese con el presente de aves asidas por los pies con las manos; es muy usado en Galicia y en otras partes, los pobres labradores presentan de lo que tienen a los superiores, y si tienen pleito a los jueces. Del uso de aquella tierra nació el refrán, y a los jueces que se dejan sobornar se llamarán galicianos, por falsos, como las mulas de Galicia, que lo son más que las de otra parte<sup>102</sup>.

239

Bien puede dar testimonio el gitano Maldonado que aparece en un episodio de la *Vida del escudero Marcos de Obregón*. En él, Vicente Espinel narra el robo de un asno a manos del famoso gitano, raza tradicionalmente experta en cambiar la fisonomía de los pollinos robados para revenderlos a un nuevo comprador e, incluso, al mismo. En este caso, el animal propina una violenta coza a Maldonado que hace exclamar al alguacil:

¿Por qué pensábadas que os preguntó el dueño si era gallego, sino porque como tal os había de dar la coza que os dio?<sup>103</sup>

De modales rústicos y apariencia hombruna, amante del vino y de aspecto desaliñado, la mujer gallega aparece caracterizada por su suciedad y cierta des-

<sup>101</sup> *Lope de Vega esencial*, ed. de F. Pedraza, Taurus, Madrid, 1990, p. 296.

<sup>102</sup> G. Correas, *Vocabulario de refranes*, p. 19.

<sup>103</sup> V. Espinel, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, ed. de M. Carrasco, Castalia, Madrid, 1972, p. 250.

vergüenza en su comportamiento, como recuerda Lope de Vega en su comedia *La burgalesa de Lerma*:

Pol.– Hay gallega rolliza como un nabo,  
entre puerca y mujer, que baja al río  
y lava más gualdrapas que un esclavo,  
cantando como carro en el estío;  
hay otras que en bailar, mas no lo alabo,  
a lo que es desvergüenza llaman brío,  
y entre el tendido paño que se seca  
van haciendo barreno la muñeca<sup>104</sup>.

Los textos de la época aluden sin reparos a la facilidad, ya consentida ya a través del engaño, con la que las gallegas pierden la joya más preciada de la sociedad del Siglo de Oro: su virginidad y, por ende, su honra.

Con el mismo desparpajo con el que los pícaros nos revelan los detalles más íntimos de su genealogía vil, referidos casi siempre a la innoble conducta de sus progenitores, nos cuenta Carballo las razones que empujaron a sus padres a bautizarle con ese nombre:

240

Gar.– ¿Cómo te llamas?  
Car.– Carballo.  
Porque no sé en qué fayancas  
mi madre, ausente el marido,  
jugando perdió el partido  
(son las gallegas muy francas).  
Y un lencero algo molesto  
que el matrimonio terció  
perdiendo se levantó  
y yo me quedé por resto.  
Volvió el propietario a casa,  
y como ausente de un año  
vio que el devantal de paño  
se ahovaba, dijo: “¿Esto pasa?”  
Mujer, ¿Cómo habéis podido,  
en doce meses de ausencia  
sufrir tanta corpulencia?  
– Porque hogaño no ha llovido  
(respondió); Y según lo prueba,

<sup>104</sup> Lope de Vega, *La burgalesa de Lerma, Obras de Lope de Vega*, RAE, Madrid, 1915, t. IV, p. 50.

el pronóstico del Cura,  
no ha de parirse criatura  
hogaña mientras no llueva.”  
El, viendo que averiguallo  
era ofender á su honor,  
dijo, “Escarballo es peor”:  
por eso el hijo es Carballo<sup>105</sup>.

Las referencias a la defensa de la virginidad por parte de las mozas gallegas se pone en entredicho cual si se tratara de un rasgo más de su personalidad. Conocida esta circunstancia, no puede resultar chocante la desconfiada reacción del criado Caldeira antes de pedir en matrimonio a Dominga:

- Cal.– Ya estarás golosmeada [...] Mas dudar en esto es yerro.  
¿Pasaste la Cruz del ferro?  
Que vendrás deshojaldrada.  
¿No has querido a nadie?
- Dom.– ¿Yo?  
Soy, por vida de mi padre,  
tan virgen como mi madre  
me parió.
- Cal.– Deja el parió,  
y a lo primero te llega,  
pues ya sé yo, aunque porfías,  
que son muchas gollorías,  
pedir doncellez gallega<sup>106</sup>.

241

Se alude en este pasaje a la famosa *Cruz del Ferro* que recuerda una antigua costumbre gallega según la cual las jóvenes doncellas hacían votos por encontrar marido y, en consecuencia, perder su virginidad. E. Cotarelo se refiere a este suceso en *El Proteo de Madrid*:

Ellos que habian subido...topáronse en el primer llano con la *Cruz de ferro*, tan nombrado de los que caminan por aquella tierra. Marcos [...] dijo a su compañía:  
– Dominga: esta es aquella Cruz de ferro tan conocida de todos los de nuestra tierra, á quien las *doncellas* de allá que

<sup>105</sup> Tirso de Molina, *Escarmientos para el cuerdo*, pp. 66-67.

<sup>106</sup> Tirso de Molina, *Mari-Hernández la gallega*, p. 82.

pasan por aquí hacen su oración, pero no el voto que dicen de no volver *como pasaron*.

– ¿Esto es, Marcos? (dijo Dominga). Huélgome de verla; mas no pienso prometer lo que malas lenguas dicen...

Hiciéronlo así, y, prosiguiendo su camino, las soledades, el trato de los dos y el acomodado albergue que buscaban las noches juntos, ocasionaron atrevimientos en Marcos y apacibilidades en Dominga para que él saliese de empacho y ella no le tuviese en darle audiencias. Esto se deslizó á más; de suerte que la oración de la doncella gallega pareció haber sido proposición del voto, pues antes de dos jornadas le cumplió puntualísimamente<sup>107</sup>.

Así pues, Dominga pierde su virginidad ante Marcos y, por tanto, cumple sin proponérselo la promesa de volver a cruzar ese camino tal y como lo pasó la primera vez; sin embargo, no lo hace mediante el matrimonio sino como consecuencia de su indecoroso comportamiento.

Como Catuja de Morrazos, en este caso engañada por las falsas promesas de Tadeo que le impulsan a perder la honra:

242

... en tal información supo cuán cerca estaba de la Cruz de ferro, tan nombrada en aquella tierra; pasó por cerca della y hizóla oración, sin tener cuidado de la promesa que todas las gallegas la hacen, pues ya Tadeo, con su buena diligencia, la había sacado dél<sup>108</sup>,

o como la desventurada madre de Estebanillo González:

Murió mi madre de ciertos antojos de hongos, estando preñada de mi padre, según ella decía; quedóse en el lecho como un pajarito, y pienso, conforme el alma tenía la cordera, que pasó de sola Roma a una de las tres moradas, porque no era tan inocente que al cabo de su vejez, y habiendo pasado en su mocedad por la Cruz de Ferro, y siendo tan vergonzosa y recatada, fue al limbo a ver tantos niños sin bragas<sup>109</sup>,

<sup>107</sup> Castillo Solórzano, *La niña de los embustes*, nota 10, p. 326.

<sup>108</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>109</sup> *Estebanillo González*, p. 39.



pasaje acertadamente explicado por N. Spadaccini y A. N. Zahareas cuando advierten que se trata de una forma “retorcida y conceptista para indicar que su madre gozó muy de moza de comercio carnal. Aunque no se sabe si su madre, al morir, fue al Cielo, Purgatorio o al Infierno, el hijo está seguro, por otra parte, de que no pudo entrar en el Limbo, porque perdió su doncellez y su inocencia. Es que como otras doncellas visitó el puerto gallego (la Cruz de ferro) que, además de ser lugar para hacer votos, era lugar propicio para enamorarse o para encontrar amante”<sup>110</sup>.

Deslenguadas y un tanto frescas, procaces y avispadas, pero también ingenuas y engañadizas, las mozas gallegas se dedican a oficios domésticos, de manera que en muchas ocasiones podemos encontrarlas sirviendo en ventas y posadas, donde se afanan continuamente en reñir. Calderón incide una y otra vez en esta falta a lo largo de su obra dramática, poniendo el comentario en boca de criados.

Así, en *No hay cosa como callar*, el gracioso Barzoque comenta en un aparte:

Bar.— Esto mismo  
hacen las mozas gallegas:  
entrar riñendo en principio  
porque no las riñan<sup>111</sup>,

y, recurriendo de nuevo al aparte, el criado Hernando de *Cada uno para sí*,  
explica:

Her.— Esto es lo que cada día  
las mozas gallegas hacen:  
reñir porque no las riñan<sup>112</sup>,

y otro gracioso, de nombre también Hernando, en *Fuego de Dios en el querer bien*, señala:

Her.— Esto hacen las gallegas:  
tardar y reñir después<sup>113</sup>.

El dueño de la venta en la que trabaja la hermosísima Constanza de *La ilustre fregona* cervantina, se queja de la Argüello y sus compañeras por su enfadoso

<sup>110</sup> *Ibid.*, nota 107, pp. 149-50.

<sup>111</sup> Calderón de la Barca, *No hay cosa como callar*, *Obras completas*, ed. de A. Valbuena Briones, Aguilar, Madrid, 1973, vol. II, p. 1023.

<sup>112</sup> Calderón de la Barca, *Cada uno para sí*, *Obras completas*, *ibid.*, p. 1691.

<sup>113</sup> Calderón de la Barca, *Fuego de Dios en el querer bien*, *Obras completas*, *ibid.*, p. 1284.

comportamiento, achacándole que “por vosotras se me van todas”<sup>114</sup>. La Argüello encarna así a la gallega moza de venta, habladora, maliciosa y lasciva, cuyos vicios se contraponen con la virginidad e inocencia de Constanza.

Volverá Cervantes a tratar sobre el origen gallego de las posaderas en el *Coloquio de los perros*. Cuando Berganza cuenta a su amigo Cipión los disparatados conjuros con los que su amo el atambor le previene para el inicio del espectáculo, dice:

Ea, Gavilán amigo [...] y si no quieres, salta por la pompa y el aparato de doña Pimpinela de Plafagonia, que fue compañera de la moza gallega que servía en Valdeastillas”<sup>115</sup>.

Se refiere el autor del *Quijote* a la célebre venta situada en esta localidad, a medio camino entre Medina y Valladolid, de la que Correas recogió el siguiente dicho: “Cuando fueres a Valdeastillas, por merced de Dios que te hagan, no las recibas”, refiriéndose al desorbitado precio que tuvo que pagar un vizcaíno por su estancia allí, a pesar del trato recibido y la repugnante comida que le sirvieron.

Mención especial merece también, por el tono divertido del pasaje, la aventura del don Quijote apócrifo de Avellaneda. En una venta camino de Zaragoza, el ingenioso loco se topa con “una moza gallega, que por ser muy cortés era fácil en el prometer y mucho más en el cumplir”<sup>116</sup>. El hidalgo la confunde, en su locura caballeresca, con una princesa sin advertir que la intención de la moza, cuyo estupor va creciendo ante las ridículas promesas de nuestro héroe, es prostituirse a cambio de unas monedas.

En el discurso de ésta, encontramos algunos rasgos que nos resultan ya frecuentes, como su facilidad para el amor, sus livianas costumbres y los engaños amorosos de que son víctimas:

Doncella, pero recogida; mujer de bien y criada de un ventero muy honrado; y engañóme un traidor de un capitán que me sacó de mi casa, dándome palabra de casamiento; fuese a Italia, y dejóme perdida, como vuesa merced ve<sup>117</sup>.

Ya había tratado este tema Juan de Salinas, aunque en clave más intimista y sobrecogedora en lo que se refiere al tratamiento de la dolorida angustia del per-

<sup>114</sup> M. de Cervantes, *La ilustre fregona, Novelas Ejemplares*, ed. de Avalue-Arce, *op. cit.*, vol. III, p. 417.

<sup>115</sup> M. de Cervantes, *Coloquio de los perros, Novelas Ejemplares, ibid.*, vol. III, p. 289.

<sup>116</sup> A. Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de García Salinero, Castalia, Madrid, 1988, p. 102.

<sup>117</sup> *Ibid.*, p. 103.

sonaje. El poema, "Romance en endechas", resume los lamentos de una moza gallega de posada que ha sido engañada por el huésped a quien ha confiado su amor:

La moza gallega  
que está en la posada,  
subiendo maletas  
y dando cebada,  
penosa se sienta  
encima de un arca,  
por ver ir un huésped  
que tiene en el alma ...<sup>118</sup>.

Este rápido repaso sobre los rasgos y la actitud de la mujer gallega, así como de su condición social en la literatura áurea, no empañan ni desmerecen otros modelos de comportamiento, también protagonizados por mujeres que representan a esta tierra. Mujeres heroicas y recatadas, valientes y decididas, aquellas que encarnan los valores fundamentales de una época: la defensa del honor, el amor y el matrimonio cristiano. Dos ejemplos vienen a ilustrar este hecho; nos referimos a Mari-Hernández, la gallega protagonista de la comedia de Tirso de Molina que lleva su nombre, y a Elvira, personaje principal de *El mejor alcalde, el rey* de Lope de Vega.

245

La primera, a pesar de sus orígenes humildes, acaba casándose con el noble portugués don Álvaro de Ataíde después de superar una serie de obstáculos que hace incluso imprescindible que la heroína tome las armas para defender a su amado. El desenlace feliz supone, pues, una recompensa por su fidelidad amorosa. La segunda, Elvira, supone la otra cara de la moneda. De ella se enamora un noble que pretende su deshonor ya que no desea casarse con ella. Esta pasión arrebatadora y lasciva choca una y otra vez con la defensa de la virginidad por parte de la joven y también con la promesa de fidelidad hecha a su enamorado Sancho. Al final, con la ayuda del rey, la humilde doncella podrá alcanzar de su verdadero amor y disfrutar de una parte de la herencia del ruin noble.

Galicia, tan lejana y tan próxima a un tiempo, presenta, pues, una situación geográfica y unos límites fronterizos que han marcado su existencia. Desde el norte, la leyenda celta, la amenaza inglesa, el fantasma de los abismos marítimos que anunciaban el fin del mundo; desde el oeste, la convivencia con la nación portuguesa, sujeta a polémicos altercados y vínculos de hermandad. Desde la Península y hacia el interior, como un apéndice poco conocido entre el astur-leo-

<sup>118</sup> J. de Salinas, *Poesía de la Edad de Oro*, ed. de J.M. Blecua, Castalia, Madrid, 1989, p. 33.

nés que don Pelayo dignificase y el castellano que simbolizó durante mucho tiempo la idea del Imperio.

Con su tradición y cultura tan arcanas<sup>119</sup>, expresadas en la sintaxis melodiosa de una lengua materna distinta, y conservadas secularmente en una geografía escarpada y de difícil acceso, la imagen de Galicia resulta en el Siglo de Oro tan atractiva como contradictoria. El mundo rural es un ejemplo de hábitat idílico entre el *locus amoenus* pastoril y los campos Elíseos clásicos. Y sin embargo, de esa estampa familiar en la que no faltan referencias al Miño o el Sil, a sus montañas y valles, a sus vinos, a su Patrón de las Españas... parece sobrar, no obstante, la imagen del gallego.

El antigalleguismo es nota recurrente en la literatura española áurea. Muy probablemente, también podríamos hablar de textos de carácter *anticastellano*, *antiportugués*, *antivizcaíno* o *antiandaluz*; acaso, ciudadanos de otras regiones españolas participen asimismo de un descrédito semejante. A pesar de ello, la reiterada animosidad con que se describen los rasgos y comportamientos de los gallegos (sucios, interesados, descuidados en sus costumbres y su religiosidad, amantes del vino...) quizás pueda explicarse, en una sociedad tan cerrada como la de este período, por su pertenencia a los estratos sociales más bajos y por el desempeño de las labores domésticas más pesadas.

En cualquier caso, la literatura áurea ayudó a difundir, y así ha llegado hasta nuestros días recogida en los textos literarios de la época, una imagen marginal y poco apropiada de los hombres y las mujeres de Galicia, tópico que afortunadamente ha ido desvaneciéndose con el paso del tiempo, *a pesar de gallegos*.

---

<sup>119</sup> No podían faltar en este mundo mágico las alusiones al mundo de la brujería y la superstición popular, como recoge ya Lope de Vega en *El mejor alcalde, el rey* (ed. de N. Roig y B. Morros, Clásicos Castellanos, Espasa-Calpe, Madrid, 1989, p. 232), cuando advierte en boca de Pelayo: “Señor, Fileno el gaitero;/ toca de noche a las brujas/ que andan por esos barbechos,/ y una noche le llevaron,/ de donde trujo el asiento/ como ruedas de salmón”.